

Pierre Benoist, *La Monarchie ecclésiale en France. Le Clergé de cour en France à l'époque moderne*, Champs Vallon, collection Époques, Seyssel, 2013, 465 págs. ISBN : 978-2-87673-883-6.

MANUELA ÁGUEDA GARCÍA GARRIDO

En una carta que el cardenal Mazarino envió a Michel Le Tellier, secretario de Guerra de Luis XIV, el gran ministro francés confesaba su temor sobre los efectos de su intervención en asuntos de Estado y evocaba de forma explícita la necesidad de actuar con prudencia:

No sé si Usted, que ve tan de cerca lo que hago, estaría de acuerdo conmigo sin complacencia; que con toda la libertad como dispongo para hacer lo que considere más a propósito para el servicio del Rey, actúo con tanta circunspección, cautela y recelo, que podría hacer como si supiera que han de criticar todas mis acciones e incluso sería un Ministro subalterno con un poder muy limitado¹.

Esta prodigiosa capacidad de adaptación política a la que alude aquí el ministro-cardenal del Rey Sol apunta a que, hacia mediados del siglo XVII, el Estado francés se había convertido en una monarquía cardenalicia, corolario ineluctable del progreso y afianzamiento de una cléricatura de servicio que se consolida en la Corte desde finales de 1624, fecha en la que el cardenal Richelieu ya destacaba como el único prelado que asistía con frecuencia a las sesiones del Consejo del Rey.

Sin embargo, la injerencia del alto clero francés en los asuntos de Estado no siempre ha sido constante ni se ha manifestado con la misma intensidad. Las formas del “intervencionismo clerical” en las decisiones del gobierno y el análisis de su intermitente presencia en la Corte francesa a lo largo de la Edad Moderna constituyen el tema central del último trabajo de Benoist Pierre, catedrático de

¹ « Je ne sçay pas si vous, qui voyez d'assez près tout ce que je fais, tomberez d'accord avec moi sans complaisance, qu'avec toute la liberté que j'ai de faire tout ce que je croirois plus à propos pour le service du Roi, j'agis avec autant de circonspection, de soin & de crainte, que je pourrois faire, si je sçavois qu'on deût trouver à redire à toutes mes actions & de même que seroit un Ministre subalterne qui auroit un pouvoir très limité ». Carta al Señor Le Tellier, San Juan de Luz, 7 de octubre de 1659, en *Lettres du cardinal Mazarin où l'on voit le secret de la négociation de la Paix des Pyrénées*, 2^e partie, Amsterdam, Henri Wetstein, 1693, p. 279. [La traducción al español es nuestra].

Historia moderna, adscrito al Centro de Estudios Superiores del Renacimiento de la Universidad de Tours. Autor de otras cinco valiosas obras para el estudio de la Historia política y religiosa de la Francia moderna, con el título de *La Monarchie ecclésiastique. Le clergé de Cour en France à l'époque moderne*, B. Pierre presenta el resultado de su último trabajo de investigación con el que optó a la cátedra (HDR) en el 2010. Corona así una larga andadura histórica que inició oficialmente en el 2006, con la publicación de su tesis doctoral: *La Bure et le sceptre. La congrégation des Feuillants dans l'affirmation des États et des pouvoirs princiers (vers 1560-vers 1660)*, Paris, Publications de la Sorbonne, 2006 . El novedoso debate historiográfico que abría este estudio sobre la estrecha relación entre la construcción del Estado moderno y el desarrollo de nuevos fenómenos religiosos durante las guerras de religión, orientó muy pronto a su autor hacia el universo del clero palatino, una fuente inagotable para la Historia moderna que le permitió redactar una obra que hoy debe considerarse de obligada referencia: *Le Père Joseph. L'Éminence grise de Richelieu*, Paris, Perrin, 2007².

Con *La Monarchie ecclésiastique*, nos encontramos ante una libro ambicioso en la medida en que pretende dar una visión de conjunto sobre las relaciones del alto clero francés con la administración real. El autor pone así a prueba las tesis y debates surgidos en la historiografía de los últimos diez años en torno a los estudios consagrados a la Corte en Europa. Importante es, pues, su deuda con los historiadores galos que han trabajado más recientemente sobre este tema. Entre ellos, debemos citar a Bernard Hours (2002), Bernard Chevalier y Denis Crouzet (2005), Thierry Amalou, Pierre Blet y Michéline Cuénin (2007) pero, sobre todo, a Cédric Michon (2008), de quien B. Pierre adopta la sugerente expresión de “prelado de Estado” para enriquecerla y preñarla de un significado político y religioso más amplio, a través de un fino análisis de las trayectorias e imaginarios individuales que desfilan por el escenario curial francés³.

En lo que se refiere a la factura y presentación de *La Monarchie ecclésiastique*, debe subrayarse el esmerado trabajo de edición del volumen, en el que se inserta un acertado corpus de 23 ilustraciones en blanco y negro y 26 en color, procedentes todas ellas de fondos de archivos históricos, inventarios de bibliotecas y museos, así como fotos tomadas del interior de la catedral de Albi y del hospital Saint-Jacques en Monestiés (departamento de Tarn). El conjunto del aparato iconográfico

2 Destacamos igualmente la reciente obra en colaboración con A. Vauchez, *Saint François de Paule et les Minimes en France de la fin du XV^e siècle au XVIII^e siècle*, Tours, Presses Universitaires François-Rabelais, 2010.

3 Tampoco podemos olvidar en esta larga lista de influencias y referencias académicas del autor, la labor que está ejerciendo el *Centre de recherche du Château de Versailles*, una de las entidades más activas en el estudio de la dinámica cortesana. Prueba de ello es la organización de un coloquio internacional entre el 24 y 26 de enero de 2013 sobre la pluralidad del clero de la Corte en Europa, cónclave humanista universitario que fue organizado, entre otros, por B. Pierre.

concede magistralmente a la obra ese carácter pedagógico que podríamos atribuir a un abigarrado políptico contrarreformista. Esta impresión se ve reforzada por la estructura cuatripartita de la obra a través de la cual se expone la evolución diacrónica de un fenómeno inherente al Antiguo Régimen: la identificación del Estado y la Iglesia en la construcción del absolutismo moderno.

El trabajo arranca con la definición de las posibilidades epistemológicas del concepto de “clero de la Corte”, al mismo tiempo que ahonda en las razones por las que la memoria histórica ha vehiculado una imagen distorsionada de los eclesiásticos cortesanos. Siguiendo un proceso de reconstrucción de la identidad propia de este grupo privilegiado, el autor analiza las diferentes estrategias de ascensión social que podían ponerse en práctica para acceder al privilegio curial (apoyos financieros, promoción interna, solidaridad eclesial...). La denominada “Edad del oro” del clero áulico (ca. 1480-ca.1560), se caracteriza por ser un periodo de ostentación del saber eclesiástico humanista, como lo ilustra la corte de Luisa de Saboya, y por el progreso inexorable de interiorización de la religiosidad palatina. Aunque esta se manifestaba en la propagación de una pastoral evangelista y mesiánica, terminó pronto diluyéndose ante lo que B. Pierre denomina, en la segunda parte, el “gran cataclismo” de la Reforma, movimiento al que se asociaron los “prelados humanistas” (François Desmoulins, Guillaume Petit, Pierre Du Chastel...).

A partir de 1560 y hasta la entronización de Enrique IV en 1589, el clero áulico adquiere un mayor protagonismo en la mediación entre católicos y reformados, lo que explica su influencia más allá del espacio cortesano. El autor describe este periodo como penitencial para un clero militante, animado por la necesidad de fundar una Iglesia nacional como estrategia de pacificación (Charles de Marillac, Jean de Monluc, Charles de Lorraine, Jacques Amyot, Guillaume Ruzé, Arnaud Sorbin, Antoine Abelly, Thomas Beauxamis...). Sin embargo, como expone B. Pierre con admirable elocuencia al final de la tercera parte (pp. 295-317), la permanencia hegemónica del clero en la corte dependía cada vez más de su capacidad de sumisión a los intereses del monarca. En este sentido, la situación acabó provocando un auténtico cisma en el seno de la Iglesia áulica cuyos efectos fueron paliados con la entrada en acción de eclesiásticos favorables a una “tercera vía”, es decir, aquellos que no se identificaban ni con los exaltados de la Liga católica (*ligueurs*), ni con los reacios a reconocer al convertido Enrique IV como rey de Francia. Era necesario promocionar un clero capaz de gestionar los asuntos de Estado, tras la promulgación del edicto de Nantes (1598).

La cuarta y última parte del libro (pp. 317-411) se adentra en lo que el autor denomina un tiempo de restauración de la Monarquía eclesial que se consolida bajo el reinado de Luis XIII. Se trata de un periodo de apogeo para el clero del Consejo y la capilla reales, en el que, a pesar de la persistencia de diferentes clanes (los partidarios de María de Médicis, los antijesuitas, les richeristas, los devotos),

la Iglesia consiguió imponer su autoridad por encima del Estado. Sería necesario esperar la llegada de Richelieu, para quien la razón de Estado no dejaba de estar imbuida por una razón divina. Bajo este principio, el ministro-cardenal consiguió asimilar Estado e Iglesia, acelerando al mismo tiempo, la ineluctable instauración del absolutismo moderno, encarnado en la figura de Luis XIV. Con el rey sol, el clero no sólo terminó sometido directamente al monarca, trasunto humano de la autoridad divina, sino que se incentivó la profesionalización del ministerio eclesiástico dentro del ámbito curial.

Cierra esta magna obra un valiosísimo anexo que recapitula los nombres, fechas, cargos e incluso beneficios del clero áulico, desde Luis XI a Luis XIII (pp. 417-430). En cambio, la selecta y reciente bibliografía que se compendia, junto con la amplia documentación de archivo, está lejos de ilustrar la inmensa erudición y el talento historicista que encierra el presente trabajo de B. Pierre. Debemos remitirnos a los numerosos títulos citados a pie de página, en particular, obras enciclopédicas, en su mayoría decimonónicas, que permiten la construcción de un discurso preciso y matizan la profundidad del análisis epistemológico al que se enfrenta el lector especialista con *La Monarchie ecclésiastique*.

No obstante, a la lectura de este libro, surgen algunas incoherencias propias de todo análisis histórico bien cimentado sobre la base de un extenso aparato documental. Resulta difícil conciliar la idea de que la sacralización del poder monárquico culminante en el absolutismo devoto es paralela a la desacralización de los prelados-ministros al servicio de la Corte, cuando lo que se entiende por “estatización del clero”, fenómeno fácilmente apreciable por la creciente presencia de los “apóstoles del Estado” en el medio cortesano, sirvió para ralentizar el progreso ineluctable del absolutismo moderno. La centralización y la identificación del Estado y la Iglesia en la persona del rey absoluto, es decir, el resultado de la estrategia política de Richelieu por excelencia ¿acaso no debe interpretarse como el signo fehaciente de una revalorización de la Iglesia como cuerpo político-místico, heredera invicta de la catolicidad postridentina que tantas vicisitudes había encontrado para tutelar el Estado durante las guerras de religión? Y si el Estado absoluto integró a la Iglesia a pesar de que ésta nunca dejó de reinventarse para ampliar su margen de acción dentro y fuera de la Corte ¿es legítimo cuestionar la incapacidad de adaptación del clero áulico en el Siglo de las Luces o clasificar a sus miembros de “agentes del obscurantismo” (p.415)? ¿Acaso no se critica su acción pastoral y política en el marco palatino, ya a mediados del siglo XVIII, desde la perspectiva de una nueva realidad social, la que esbozan los detractores del clero áulico, externos al universo eclesial?

Son éstas algunas de las consideraciones que afloran a lo largo de la lectura y que, sin duda, están vinculadas a las incongruencias inherentes a la misma realidad histórica, siempre sujeta a la dialéctica de la interpretación. Sorprende, por lo tanto, esa cierta aquiescencia del historiador de la misión providencialista

de aquellos altos dignatarios de la Iglesia (Pierre de Bérulle, el padre Joseph, los cardenales de Retz, de Gondí o de La Rochefoucauld) que auspiciaron el advenimiento del absolutismo moderno. En este sentido, es notoria la falta de un mayor desarrollo de las corrientes espirituales en las que se ubicaban muchos de los personajes que desfilan en este libro. Explorar las mutaciones de la naturaleza eclesiológica que reivindicaba el clero áulico a finales del siglo XVII sería de sumo interés, en la medida en que, como señala el mismo autor, el absolutismo veló celosamente por preservar la ortodoxia católica. Sólo desde este ángulo de enfoque, sería plausible y verosímil la doble consagración de aquellos profetas cortesanos a la vida devota y a la acción política o, dicho de otro modo, a la *vía mixta* que defendía encarnizadamente la “Eminencia gris” del padre Joseph.

Con toda seguridad, *La Monarchie ecclésiale* de B. Pierre no tardará en ocupar un lugar de honor en la historiografía francesa actual, que ya cuenta con numerosos y sobresalientes estudios monográficos y prosopográficos sobre el clero de la Corte en la edad moderna. Esperamos igualmente que sea un modelo de referencia para los modernistas españoles, entre los que lamentablemente aún faltan estudios punteros exclusivamente dedicados a la actividad de los “prelados de Estado” durante el Antiguo Régimen⁴.

⁴ No obstante, debemos mencionar los tres volúmenes que han coordinado J. Martínez Millán, M. Rivero y G. Versteegen bajo el título de *La corte en Europa. Política y religión (siglos XVI-XVIII)*, Madrid, Polifemo, 2012.